

VIDA MUNDIAL

BARCELONA • 4 febrero 1961 • MADRID

**GIRONELLA
Y DEL ARCO**
hablan de
UN MILLON DE MUERTOS»

**CARTAS A
CARMEN LAFORET**

La famosa novelista publica la
correspondencia de sus lectores

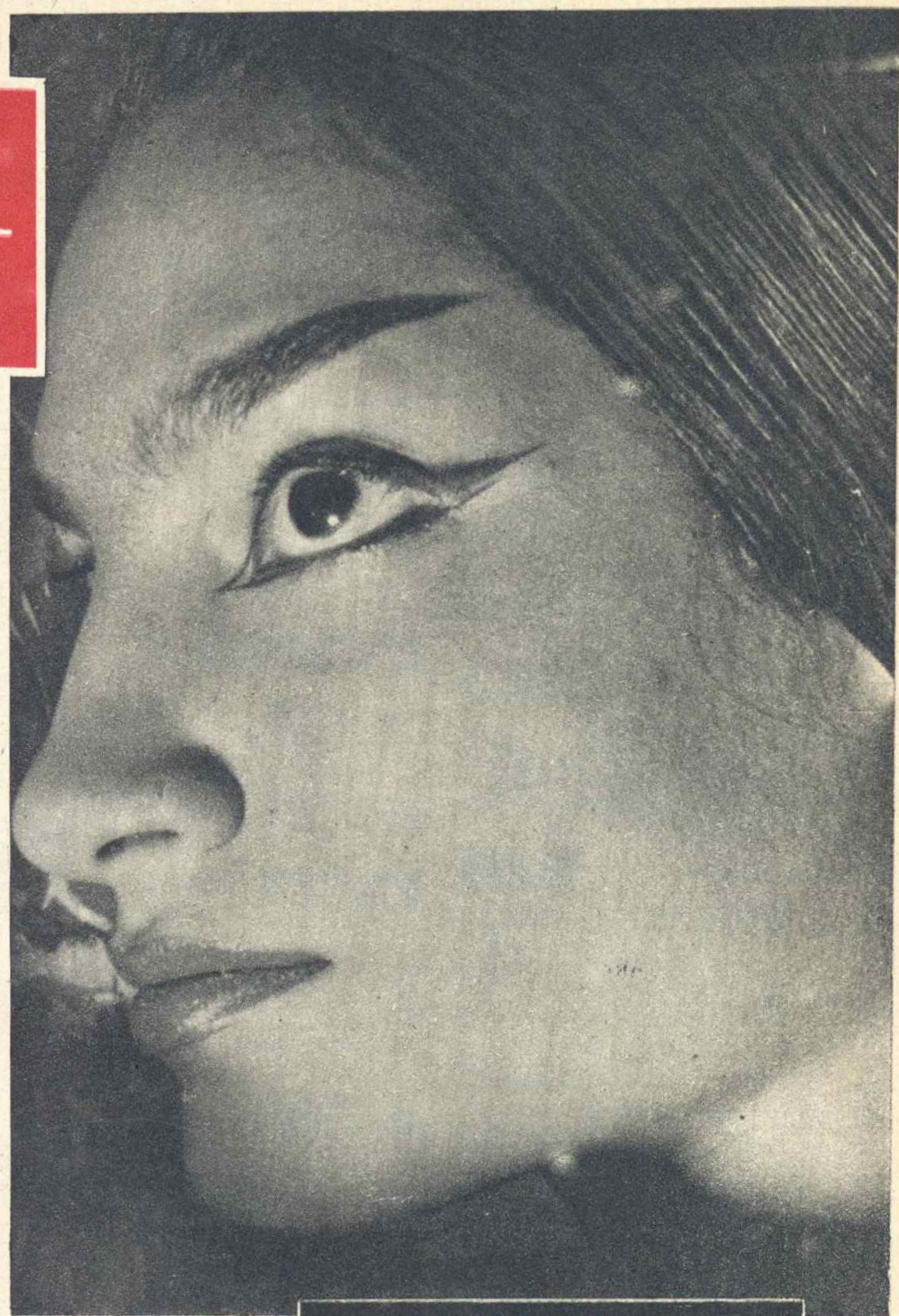
**EL MISTERIO DE
ALFONSO PASO»**

El popular dramaturgo
cuenta a Marino Gómez-
Santos la historia de su
vida y el secreto de su
fecundidad

LANVIN - CASTILLO

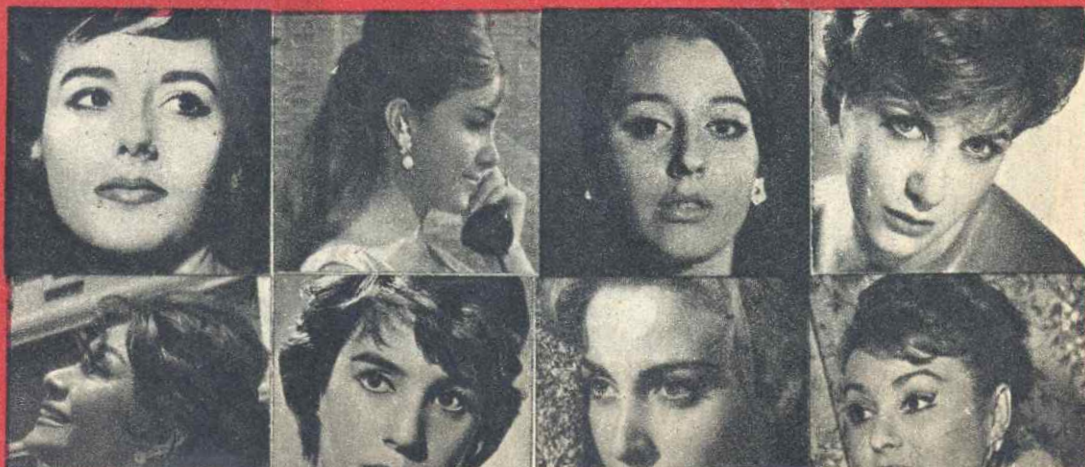
conquista a
SILVIA CASABLANCAS»

Por Rosa Cajal



TENIA QUE SER BAILAORA

LAS ACTRICES QUE HAN CAMBIADO DE NARIZ



**5
PTS.**



MADRID sigue todavía sus tradiciones populares del siglo XVIII, a pesar de la influencia extranjera que domina algunos sectores de la ciudad. Nótese que las rutilantes cafeterías, las máquinas tragaperras que hacen sonar un disco de gramófono, las tiendas con escaparates de atractivo casi cegador tienen su frontera en la Plaza de España y se extienden por la gran arteria de la avenida de José Antonio.



El Madrid de los Austrias, de la plaza Mayor, del Viaducto, de la plaza de Oriente, sigue intacto, sin que el viento o la ventolera extranjera haya conseguido desplazar una taberna galdosa de las que tienen mostrador de cinc y muros con mosaicos, poner una cafetería americana.

A muy pocos pasos de la casa donde vivió Joselito, cruzando la Plaza de Oriente y saliendo al Viaducto, está el Corral de la Morería. Buen nombre, con reciedumbre española; buen nombre para sentar comedias de Lope o para eso otro que está destinado, que poco es manco: para el canto y baile flamenco.

La casa donde está el Corral de la Morería pertenece a los en que Luis Candelas, el ladrón de Madrid, era niño de pecho.

La puerta —«una buena puerta honra la casa»— tiene dedos de espesor y un ventanillo con hierro para asomar los ojos al exterior y escudriñar el semblante de arrieros y caminantes.

Es una casa de grabado de Parcerisa.

Su director, Manuel Rey, es un madrileño de los de aquí que son los buenos. Un madrileño universal, porque su nombre en todo el mundo. Claro que de raza le viene al galgo, porque algo es sobrino de Alfonso Camorra, cuyas paellas viajan con la bandera española en todas las líneas aéreas, y su restaurante Riscal tiene un álbum de firmas con reyes, embajadores, toreros, cineastas y los más importantes nombres de gastronomía.

El Corral de la Morería no es un tablado de flamenco, porque es una catedral de flamenco donde se escucha el canto grande y el baile en un silencio de catedral.

Por su tablado han pasado todas las grandes figuras, desde Past Imperio, que ya es una época.

El Corral de la Morería tiene los muros encalados y gruesas vigas de madera, con faroles grandes de madera, de aquellos que en tiempos de Goya alumbraban con aceite. Manolo del Rey no quiso hacer concesiones a la galería extranjera y se quedó con los pies juntos a una época histórica. Y el que venga detrás que arree.

El cuadro del Corral de la Morería tiene sus buenos diez o doce tomos de bibliografía extranjera y española. Casi tantos como la Giralda. Porque este cuadro flamenco ha salido fotografiado en todas las grandes revistas del mundo, con comentarios en francés, en inglés, en italiano y en alemán.

TENIA QUE SER "BAILAORA"

Uno por uno, estos flamencos del Corral de la Morería tienen historia pintoresca y darian tema para escribir un libro muy particular con pluma española, claro está, para que no nos viésemos sorprendidos por esos disparates que leemos con frecuencia en las revistas extranjeras acerca de nuestro país y costumbres.

Manuel del Rey no es un empresario de artistas flamencos, sino una autoridad en el tema. Por eso los gitanos bailan durante años seguidos en el Corral de la Morería y no tienen ya palabras nuevas para hacer el elogio de «don Manuel».

Ahora ha entrado a integrar el grupo de bailaoras, María. Los entendidos la llaman María Albaicín, porque es hija de un torero, Rafael Albaicín.

María es alta, delgada, con una figura picassiana que rompe la tradición de las gitanas de formas redondas, y chaparras de estatura.

María no es gitana legítima; es medio gitana. Pero tiene ese ángel inconfundible que se encuentra siempre en todo lo español.

Sus movimientos de baile tienen «la media verónica». Y basta.

También sus trajes de baile y su peinado rompen un poco la monotonía y la falta de imaginación de los gitanos. Como hizo su padre, Rafael Albaicín, con los trajes de torear. María aporta líneas de elegancia, conceptos que estilizan la figura y que dejan a un lado los volantes. Nada de tufos en el pelo, ni de ensortijados pegados a la sien. María se peina el pelo como una bailarina de «ballet», en una forma que tiene algo que ver con el peinado de Isabel II.

A María la pintaría Picasso.

Tiene esta jovencísima muchacha un camerino forrado de cortinas modernas, donde su madre espera sentada mientras María baila.

—Tu padre toreaba cuando naciste, o ya estaba retirado?

—No, no estaba retirado. Cuando nací yo, toreaba en Valencia en un festival para Rafael «el Gallo». Alternaba con Rafael «Galíto», José Ignacio Sánchez Mejías y Victoriano de la Serna. Era domingo. Para él fue una gran ilusión que yo fuese chica. No quería entonces niño, sino niñas.

En este apartado rincón del camerino de María se oye el punteo de la guitarra. De vez en cuando llegan hasta aquí, también, el sonido del canto flamenco que entona «Jarrito» o el «Beni de Cádiz».

Conoció a la abuela de María hace algún tiempo. Baste decir que se trata de Agustina, una gitana que es institución y que llenó su época y la nuestra. Todavía se la ve tan relimpia, con su pañuelo negro cruzado en el pecho y su delantal negro. La cabeza es una

obra de arte y recuerda las cabezas de Benlliure, quien no sería extraño que la hubiese tomado como modelo.

—Mi abuela Agustina fue en su juventud modelo de Zuloaga, Sorolla, Benedito, Sotomayor. Está en todos los museos del mundo.

Dicen que Agustina nació en Cuenca, donde sus padres estaban de paso. Después se vino a Madrid. Dicen también que Agustina sabe mucho de cante y que, cuando quiere, sabe cantar como pocas, en esa línea antigua, que ya no va quedando.

—A mi abuela Agustina la pintaron todos los grandes pintores en Bellas Artes. Fue famosa como modelo.

Buena ejecutoria la de María. Para empezar, diremos que es hija de un torero, de Rafael Albaicín, aquel gitano legítimo que un día quiso hacer el paseillo con montera blanca. El torero que tocaba el piano improvisando, cuyo padrino de pila y en el toreo fue, según dicen, don Ignacio Zuloaga.

María tenía que ser una consecuencia de un ambiente, de una raza. Por eso el público se ha fijado en ella al verla subir por primera vez en el tablado del Corral de la Morería.

—¿Dónde empezaste a bailar, María?

María tiene el cuello largo, de cisne. María tiene una flor roja en lo alto del pelo, una rosa de color sangrante, grande, con pétalos muy abiertos.

—Empecé a bailar en la academia de Regla Ortega. Allí estuve tres meses, hasta que bailé los once bailes que me señaló. Luego estuve, muy poco tiempo, en Pavillón. Me dí a conocer aquí, en el Corral de la Morería.

María es toda ella un gran acierto. Hasta en el nombre. Porque ya hay demasiadas bailaoras con mote grotesco, folclórico, o con nombres que nos cansan en el oído: Carmela, Rocío, Soledad. También se ha explotado mucho el barrio de Triana para agregarlo al nombre. Nuestra época es ya muy exigente, hasta con los nombres.

María no tiene más historia que la que le viene por la sangre. Y se plasma en ella todo un panorama estético en el cual su abuela posaba en posturas clásicas, en posturas de estatua griega, para que la pintasen los pintores. Y su padre, desplegando el capote para hacer florecer la verónica en varios tiempos hasta la media ceñida.

María tenía que ser bailaora y no una bailaora cualquiera. Tenía que fundirse en ella la herencia de Agustina y de Rafael Albaicín.

A María Albaicín, Lorca le hubiera escrito un romance

Por eso España tiene una continuidad permanente, en la que una raza se levanta sobre su océano de cuero y sigue ganando batallas desde los tiempos de la Reconquista.

María vive en una casa nueva, en una calle nueva, y pertenece a una generación nueva, limpia, sana, sin historia pintoresca.

Federico García Lorca hubiese escrito un romance sobre María, para su romancero. Pero ya no hay poetas que escriban versos españoles, con ímpetu, con emoción. Ahora pasamos por un momento en que los poetas hacen colección de «Flores naturales», de premios en metálico. Por eso sus versos no tienen poesía.

Ahora los poetas escriben versos que son auténticos logogrifos, charadas indescifrables, compuestas con palabras frías, sin vuelo, sin estremecimiento.

Hace falta un poeta, el poeta de nuestro tiempo.

—¿Y tú, María, tienes más hermanos?

—Sí, uno. Se llama Rafael y es aficionado al fútbol. No le gustan los toros.

La madre de María está en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho. Tiene cara de abnegación, de mujer buena, de madre a la española.

—¿Su marido ha visto bailar a María?

—No, nunca la ha visto bailar. Creo que sí ha visto sus fotografías bailando.

Rafael Albaicín fue un artista. Debía ser un torero desigual, porque los artistas no son nunca oficinistas del arte.

—¿Cuántas cornadas tuvo su marido?

—Pocas. Fue un hombre con suerte. Recuerdo solamente una, en Pregonal de la Sierra.

Ella le conoció en el Metro. Y no creyó que fuese gitano.

—Me pareció algo diferente. Era moreno, garboso. Parecía un fukir.

Rafael Albaicín había nacido en el barrio de Embajadores, donde vivía y sigue viviendo —Dios quiera que por muchos años— Vicente Pastor, «el Chico de la Blusa», a quien todos los chulos del barrio llaman el señor Vicente.

—Rafael componía, tocaba el piano. No le gustaba el flamenco.

Sobre una mesa hay un jarrón con claveles. Con claveles, de un caballero que conoció a María siendo niña, porque vivía en su misma calle. Sobre la mesa también hay un frasco de colonia, que María echa en el cuenco de la mano de largos dedos y extiende por los brazos.



Se oye el rasgar de la guitarra, y el cante, como un rumor, como el rumor de agua que discurre por entre el junco de un río.

En la sala donde está el tablado hay luz de intimidad, de capilla. Esta noche, está sentada entre el público Sofía Loren.

María se va al tablado.

M. G. S.

